



campus 2007

 faes

Fundación para el análisis y las acciones sociales

INTERVENCIÓN DE ALINA FERNÁNDEZ EN EL CURSO *REINVENTAR OCCIDENTE*

América Latina sin Castro

Navacerrada, 5 de julio de 2007

Los organizadores de este curso nos han pedido unas “reflexiones” sobre el tema “América Latina sin Castro”. En primer lugar, deberíamos analizar algunos de los tópicos implicados en el título.

Para que este dialogo tenga sentido, debemos presuponer que “sin Castro” dejaría de existir el castrismo. A este supuesto, muy discutible por cierto, debemos anteponer un problema de principio, es decir, una pregunta acerca de “qué es por fin el castrismo”.

El castrismo no es ni filosofía ni método, ni un grupo de normas visibles proclives a ser reunidas en un manual. Desde de mi punto de vista, “castrismo” es la astucia para descubrir las circunstancias críticas, y, en el foro adecuado, enunciar un principio aplicable al momento. En Fidel Castro aparece primero la resolución y después, se trabaja en apoyo a esa idea. Ese ha sido el eje de su arte de gobernar en Cuba. Se trata de ideas, de proyectos anunciados como metas, que solo después se instrumentan y ejecutan: desde la alfabetización, los planes agrícolas, el manejo de la zafra, la creación de organizaciones de masas, hasta la superproducción de médicos y la actualmente socorrida “revolución energética”.

Ahora bien, ¿cuál es la fuente de esa astucia?, ¿dónde se aprende?, ¿en qué libros se lee?, ¿qué maestros la transmiten? No queda otra alternativa que responder hipotéticamente: la astucia en política –y en el caso de Fidel Castro hay muchas anécdotas que lo demuestran– tiene un fundamento básicamente intuitivo, no se obtiene, sencillamente se tiene.

Aquí quisiera añadir un elemento diferenciador. Mientras su política interna roza incluso la improvisación., en el diseño de su política exterior Fidel Castro sí parece seguir un método.

Esta observación me permite ubicar a su visión de América Latina a mitad de camino entre lo doméstico y lo efectivamente internacional, entre lo intuitivo y lo más serenamente metódico. Una relación cuyo balance tiene que ver con el concepto mismo que se tenga de “lo latinoamericano”.

¿Y qué es Latinoamérica?

América Latina es un continente descontextualizado. Es y no es Norteamérica, es y no es Europa, es y no es África, es y no es Asia. Latinoamérica es una suerte de continente económico y cultural alternativo que, sin embargo, continúa de alguna manera “indefinido” por su alta sensibilidad a los conflictos, tendencias y pareceres de los centros de poder.

Las democracias hispanas, en general, no han despegado. Ni siquiera hay una unidad sociológica ya que en países donde han existido dictaduras, con excepción de Chile, no se puede hablar de avances democráticos reales y mucho menos de “autosuficiencia”. Está claro que las dictaduras no deberían ser, ni son, necesariamente, el camino a la prosperidad.

Por si fuera poco, falta un consenso acerca de una definición con sentido práctico de lo que es una democracia regional. Ni siquiera coincidimos en los contraejemplos; es decir, en señalar aquellos países o gobiernos que de ninguna manera podrían ser considerados democráticos.

De Cuba, por ejemplo, muchos dicen que es una democracia, pero de carácter muy peculiar; para no referir ya lo de dictadura o tiranía históricamente legítima. De la Venezuela de Chávez se dice que es una democracia en retroceso, legitimada en un proceso electoral con supervisión internacional. De México se afirma que es una “democracia en peligro” y nunca una “dictadura perfecta”, como se atrevió a considerar Mario Vargas Llosa.

Pero hay algo más: América Latina no es Cuba, así como Cuba no es ya América Latina. En cierto sentido, Cuba es menos latinoamericana que nunca, porque cincuenta años de “sovietización”, de desmontaje institucional, de misiones en otros continentes, de un exilio del 10% de su población con un núcleo en un país anglosajón, la han diferenciado del resto del continente y de su contexto caribeño.

Sin embargo, siendo y no siendo, y sin otro argumento ideológico más que el antiamericanismo, Cuba (o el castrismo, o Castro) ha

sido un eje de discusión política en el mundo entero, con una gran fuerza diplomática al interior de las principales organismos internacionales, liderando de hecho, por ejemplo, el Movimiento de Países No Alineados en la actualidad.

En el escenario de la Guerra Fría, se entiende que el continente haya sido objeto del deseo de los dos grandes polos del poder. En el caso específico de Fidel Castro, ya que de evaluar su influencia se trata, lamento ocasionar cierto desencanto. Su política exterior y la expansión de su ideología no empezaron por América Latina sino que se enfocó primeramente en el Medio Oriente y en África, respondiendo a las prioridades de la inversión rusa (inversión en todos los sentidos).

Apenas triunfa la Revolución, desde 1959, se inicia una embestida por parte el recién estrenado régimen. Raúl Castro y el Che Guevara visitaron el Cairo para establecer contactos con movimientos africanos de liberación. Ambos recorrieron Gaza y apoyaron la causa palestina. Al Che pudo vérselo en la conferencia afroasiática que había

convocado Nehru en 1955. Desde entonces existe una cooperación en varios frentes que se ha traducido en un activo liderazgo de la diplomacia multilateral cubana ante los organismos internacionales. No cabe duda que desde entonces, se sentaron las bases para operaciones triangulares de inteligencia en conexión con actividades subversivas en Latinoamérica.

Como muchos de ustedes saben, Cuba sostuvo una guerra en Angola. Pues a propósito de esa guerra un funcionario norteamericano dijo que las fuerzas cubanas en la región constituían una fuerza estabilizadora.

Es decir, el punto de mira estratégico del castrismo no tuvo en principio una proyección latinoamericana sino africana y hacia el Medio Oriente, lo que dota al asunto de una notable actualidad.

América Latina obtuvo la atención del régimen de La Habana a través de (y con) gente que ahora tiene, por ejemplo, la edad de

Hugo Chávez; la penetración cubana consistió en un trasiego de guerrilleros, asesores, entrenadores y soldados.

La Unión Soviética mantenía la economía cubana y proveía tanto el armamento, como los costos generales para sostener esta política de penetración en varios frentes.

Esto cambió en 1989, pero solo en un sentido: se terminó el subsidio soviético pero de ninguna manera la influencia cubana en la región.

Entonces, ¿por qué mantiene el castrismo su vigencia?

Lo que ha enamorado de la Cuba revolucionaria a intelectuales, partidos políticos, políticos *per se* y a la casi totalidad de la opinión pública, no son solo sus preceptos de justicia; son sus aparentes soluciones a problemas precisamente de orden social, que en lugar de decrecer en Latinoamérica, no han hecho más que aumentar.

La integración, como posible solución (y siguiendo la experiencia europea), se hace más difícil. En este asunto, los vecinos más cercanos son los que establecen las reglas del juego. Influyen en las guerra civiles, las campañas políticas y, eventualmente, en la compra y venta de los políticos locales.

Creo que es algo que hay que decir: la política exterior de Cuba en América Latina ha tenido pretensiones hegemónicas y, en ese sentido, ha emulado con la propia política exterior norteamericana hacia la región.

Esta tensión podía entenderse en el contexto de la Guerra Fría. Pero tal estado de cosas se mantiene a pesar de la caída del imperio moscovita en 1989. Entonces debe existir una explicación para que Latinoamérica siga siendo el objeto de un trasiego de armas y labores de inteligencia disfrazada de ideología. Pero sería motivo de otro análisis explicar por qué el continente sigue siendo el patio trasero de la Guerra Fría.

Por ahora, hay que mencionar la falta de una política de integración que brinde una alternativa de desarrollo a los países de Latinoamérica. Un gran esfuerzo al respecto ha sido el ALCA, que se

arrastra desde 1994 y más bien se pierde por los meandros de las directrices de la OEA, y cuya cara más visible en términos de acuerdos bilaterales resulta ser Canadá.

George Bush aportó la llamada Iniciativa para las Américas; pero, ¿qué igualdad puede haber en un intercambio entre “socios” si el mismo está condicionado? Y lo estará cada vez más en este clima de guerra contra el terrorismo, que genera posicionamientos igualmente polarizados.

No se percibe para un futuro cercano una América Latina con un interés convergente, algo que ya esta consiguiendo Europa- ni parece haber una intención al respecto por parte de Estados Unidos.

Según el propio Fidel Castro, el saliente presidente saliente George Bush nunca tuvo una intención integradora. Según Castro no sería un integracionista convencido ni siquiera en el caso de Europa, como lo demostró recientemente al apoyar la independencia de Kosovo en contra de la posición de otras fuerzas como Rusia.

No existe un interés claro por parte de los polos de poder que hoy rigen el mundo de las finanzas, en la creación de una unión panamericana. Habría que esperar sobre todo un cambio en la ordenación factual estadounidense. Mientras tanto, si bien América Latina, con la ausencia de Castro, dejará de tener ciertas pesadillas, también pasará a ser un continente sin sueños.